

PUBLICACIONES *Cinema*

Gustav Fröhlich
Walt Janssen

50
CENTIMOS

EN



el Rapto

EL RAPTO

BASADA EN LA PELICULA DEL MISMO NOMBRE

INTERPRETADA POR

Gustavo Fröhlich
Walt Janssen

DIRECCIÓN:

Gera von Bolvary



PELICULA DISTRIBUIDA

POR

HISPANO-ITALO-ALEMAN-FILMS

EL RAPTO

Nunca había sido tan deliciosa la temporada veraniega en San Remo. Parecía como si las aguas y el cielo del Mediterráneo fueran más bellamente azules, el ambiente más tibio y perfumado, y la naturaleza se gozara en prolongar la primavera en aquella playa privilegiada, donde las elegancias se habían dado cita.

Susanne, la preciosa hija de los esposos Mercille, muchacha de cabellera rubia y ojos azules, sana, fresca e inteligente, gozaba del encanto de sus diez y ocho años y de la esplendidez del clima, corréteando por la blanda arena, con la libertad que el traje de baño y las costumbres, no muy severas, concedían en las playas a los felices mortales que a ellas concurrían. Sin preocuparse de la admiración que producía su belleza, ya en sazón, o mejor, inconsciente de sus atractivos, sentía una alegría loca al recibir en su cuerpo de virgen el cosquilleo de las gotas de espuma que la alcanzaban y la caricia suave de aquella atmósfera de luz vivificante.

Relaxó, especialmente, con toda la ingenuidad de una niña al escuchar las cómicas ocurrencias y mordaces críticas de su primo Justin, un niño grande, que se empeñaba en ser su caballero, más o menos galante.

A poco, entra en la cabina de baños y sale, al instante, con un libro. Estaba rendida y se dejó caer cuan larga era en la mollida arena.

—Eres muy pesado, Justin—le dice a su primo que intenta quitarle el libro—. ¡Bien podrías dejarme leer un poco, ahora!

—Tendría que ver que una chica moderna se ocupara en libros! Ahí tienes a mi señora, la ridícula condesa de Clithy, con sus horribles gafas y sus periódicos, enseñando a deletrear a su perrito de lanas. Eso te espera, querida.

Y, levantándose de un salto, de la arena donde estaba, también, perezosamente tendido, cogió a Susanne del brazo, mientras le decía:

—Vamos a bailar este "fox" que tocan esos infelices enmascarados ahí dentro. Nunca bailarás nada más estúpido.

—No insistas. Este libro del explorador Gerard Frehel, es una maravilla y su invento de la esfera de profundidades, que en él describe, es más interesante y maravilloso todavía.

—Pues yo me voy a invitar a la condesa: pareceremos una cascada gigante haciendo presa de un palomito.

Y se fué a grandes zancadas a ejecutar la travestura.

Susanne, hija única y muy mimada, quería a sus padres entrañablemente, pero en especial sentía una adoración sin límites por su madre Ivonne, a pesar de que ésta, mujer elegante, frívola y todavía joven, la tenía casi abandonada a sí misma, por estar entregada a fiestas y coqueteos. Su padre, Georges, hombre poco expansivo y más bien abstraído por los negocios, tampoco se inquietaba gran cosa por su hija y menos por su mujer, puesto que tenía la teoría egotista de que el tiempo es oro y el oro se pierde malgastándolo en expansiones familiares. Así andaba suelta la mujer y suelta la hija.

Pero Susanne ya había dejado de ser una niña. Su natural inteligencia y el instinto de mujer la hacía adivinar

que este abandono, si para ella era una pena, podía constituir para su madre un peligro. Veía con sobresalto las comprometedoras asiduidades de Roger Giverney y no perdía ocasión para alejarla de ellas. En esto, vio aparecer a su madre, seguida de Roger y corrió hacia ella.

—¡Mamá!—le gritó—. ¡Pero qué monísima estás! ¡Y qué elegante y joven te encuentro!

Se echó en sus brazos, besándola con transporte y le dijo intencionalmente, mirando de reojo a Roger:

—Ven, que me ven papá. Estará por ahí aburrido con sus graves y antipáticos amigos—. Y se alejó con ella.

Giverney, el eterno cazador en coto ajeno, amable, fácil de palabra y sin escrúpulos, había notado la falta de armonía espiritual en el matrimonio Merville e intentaba aprovecharse de la indiferencia de Georges para con su joven esposa. Ivonne, ya sea por despecho, ya porque se sentía halagada, no desdefaba el incesante galanteo de Giverney. Jugaba con el flirt peligroso, sin darse cuenta de las consecuencias serias que podía traer para la vida conyugal y para su reputación. Por eso Susanne, como ángel tutelar, velaba por el honor de su madre adorada.

—Mira, papullá, a quién te traigo—le dijo Susanne a Merville, en cuanto le hubo divisado en un grupo de caballeros de cara agria y saliva reluciente—. ¡Mamá desea que admiremos su nuevo tocado que tan bien le sienta y rejuvenece! ¡Si parece al hermanito!

Vanose—añadió con picardía—, dale un beso. ¿No ves cómo te lo están pidiendo sus ojos?

Georges besó a su mujer fríamente, por puro cumplimiento. Esas manifestaciones sentimentales repugnaban a su temperamento. Por eso se volvió en seguida hacia su hija.

—Oye, chiquilla. ¿No sabes quién llega hoy al puerto? Pues llega Gerard Frehel, nuestro gran amigo, en su famoso yacht explorador de los mares.

Susanne batió palmas. Era muy niña cuando él salió para su expedición de estudios de profundidad, que le habían dado universal renombre, pero lo recordaba per-

fectamente y era tal su admiración por él que le eran conocidos sus experimentos y escritos científicos.

Pronto formó su plan. Iba al puerto a esperarle. ¿La conocería Gerard, después de la transformación física que durante su ausencia se había operado en ella? ¿La encontraría bastante guapa para...? Ella misma se rió del atrevido pensamiento que se le había ocurrido.

Dos grupos mozos acababan de saltar de un buque de forma especial, anclado junto a una de las escaleras. Multitud de curiosos contemplaban su original construcción, haciendo vivos comentarios sobre un raro artefacto que a estribor pendía de una grúa. Un marinero les explicaba lo que era. Se trataba de la célebre esfera de profundidad, inventada por el señor Frelhel, consistente en un aparato metálico de forma ovalada, de gruesas paredes y fuertes remaches y cuyas puntas achatadas servían para puerta de entrada, una, y para tirador la contraria. Como es natural, todo el artefacto era de solidez suficiente a resistir enormes presiones submarinas.

Poco interesante, de momento, a nuestra joven, el maravilloso aparato. Sus ojos seguían de cerca a su inventor, a quien había reconocido en uno de los dos grupos mozos que acababan de salir del yacit. Pasaron cerca de ella sin conocerla.

—Te digo, Bobby, que te gustará la chiquilla. Es una niña; no vayas a tomar aires de conquistador. No sé cuánto tendría cuando salimos para este viaje, pero me parece que va a tener ahora de diez a doce años. Era ya entonces una niña delictosa, de ojos azules y cabello rubio.

Esta conversación que sostenían los dos jóvenes marinos, fué interrumpida por una risa cristalina que sonó a sus espaldas.

—Buenos días, señor Frelhel—dijo Susanne, apareciendo ante ellos y haciéndoles una cómica reverencia—. ¿Me hará el favor de presentarme a su amigo Bobby?

—¡Susanne!—exclamó Gerard estupefacto.

—Sí, Susanne, la niña Susanne. ¿Ve que tiene usted una memoria muy feliz—repuso barbalemente.

—¡Pero, chiquilla! ¡Si estás hecha una mujer! ¡Es maravilloso!

—En los barcos exploradores se pierde la noción del tiempo, ¿verdad, amigo Frelhel?

—Estoy confundido; ¿verdaderamente confundido!

—Ya se nota; porque el señor Bobby está todavía esperando que le haga su presentación.

—Perdona, Bobby, la señorita Susanne Merville. El señor Bobby Biscot, gran amigo mío y compañero de exploraciones...

Bobby cogió torpemente la mano que Susanne le tendía con encantadora gracia. Sólo supo corresponder murmurando frases banales que demostraban la impresión profunda que la belleza de la joven le había producido.

Susanne, a la que no pasó desapercibida la turbación del joven, quiso gozarse, traviesamente, en su asombramiento, al darse cuenta de que trataba de hacer lo menos risible posible una caja que tenía delante del brazo.

—Amigo Biscot; si quiere, le llevaré yo esa caja que observo le está atorbandando.

Bobby enrojeció hasta las orejas.

—Ay, no; eso no, señorita. Precisamente iba a llevarla otra vez al barco. He sufrido un error al cogerla.

—¿Se puede saber qué contiene?

—Sí, señorita... ay, no, no... Es un regalo, pero no para usted. Perdona; voy a cambiarla.

Frelhel saltó el tiempo; estaba muerto de risa. La escena le resultaba graciosa, y el caso no era para menos.

—Yo te explicaré, Susanne. Creyendo que seguirías siendo la muñeca que dejé al partir, te traíamos una de trapo para juguete. Perdona la coladura; ya te haremos otro obsequio más propio para ti.

—¿Con la ilusión que me hacen las muñecas! Déjame que la vea.

Bobby abrió la caja.

—¡Es preciosísima! ¡Qué alegría me dais! ¡Si era el mejor regalo que podías traerme!...

Y cogiéndola en brazos, la apretó contra su seno y echó a andar camino de la elegante villa de sus padres, escoltada por los dos jóvenes.

Los recién llegados fueron recibidos con todas las atenciones debidas a su condición y antigua amistad de Frehel. El señor Merrill era todo un caballero, espléndido y hasta fastuoso en el agasajo a sus relaciones. Su desprecio por lo que él llamaba "diversidades caseras" no le impedía tener a su casa en el tren correspondiente a su gran fortuna.

Mientras Bobby era acaparado por la señora Merrill, a la que, en honor a la verdad, no dejaba de encontrar hermosa y atractiva, Susanne, con aquella discreta habilidad propia de las mujeres inteligentes, supo ingeniarse para atraer a Gerard a la galería de cristales, desde la que se divisaba el espléndido panorama del mar latino.

Debe ser emocionante, Gerard, hundirse en el mar dentro de tu esfera, sentirse aislado del mundo exterior, solo consigo mismo, vivir por unos momentos la misteriosa vida de los seres submarinos, tan distintos de nosotros, sorprenderlos en sus costumbres, en sus luchas, en sus amores... ¡Qué cosa más deliciosa debe ser!...

—Y peligrosa también, Susanne. Tú ves el aspecto aterrador de la inmersión al abismo, pero olvidas que pueden separarse los cables que nos unen al mundo exterior... que puede faltar el oxígeno...

La joven tuvo un estremecimiento de terror. Como si hasta entonces no se diera cuenta de la realidad del peligro que a diario corría Frehel, exclamó angustiada:

—Entonces... ¿arriesgas tu vida a cada exploración?...

—¡Naturalmente!—contestó Gerard sin la menor paranoia—. Sin riesgo no hay exploración y sin exploración no hay luz para la ciencia.

—Pero puedes morir...



Giverney, el otorno cazador en coto ajeno...



... ese maldito catarro que he cogido anoche ...

—¿Y qué? Estoy solo en el mundo. ¿Quién lo sentirá?

—¿Quién sabe?... murmuró Suzanne.

Los ojos de la joven se apartaron de los de su amigo, que la miraba fijamente. Temió que leyera en ellos su pensamiento.

Las voces de los esposos Merville y Bobby, que se acercaban, vino a romper el encanto de unos instantes de silenciosa comunicación espiritual. Las almas de Suzanne y Gérard se habían adivinado.

Frehel hizo un esfuerzo para disimular su emoción.

—¿Saben lo que estaba diciendo a Suzanne?—dijo dirigiéndose a los recién entrados en la galería de cristales.—Pues que deberían concedernos los señores de Merville el honor de aceptar una fiesta a bordo de nuestro barco. Los invitados serían a elección de ustedes. Estoy seguro de que Bobby está de acuerdo conmigo.

—Más que de acuerdo, encantado. Es una idea genial, formidable—contestó Bobby.

—Sí, papá, sí—saltó Suzanne alborozada.—¿Aceptamos, ¿verdad?

—Eres una loca, hija.

—Una loca deliciísimamente—observó Bobby.

—Conque, señora Yvonne, señor Georges ¿aceptan?—interrogó Gérard.

—Agradecidos, pero, con tanto sentimiento mío, no podré asistir a la fiesta, ya que asuntos urgentes reclaman mi presencia fuera de San Remo.

Lo más selecto de la colonia veraniega, se hallaba, a la noche siguiente, congregado a bordo del yacht, profusamente adornado. La orquesta de trigamos y los más notables artistas de "variétés" del Gran Casino, habían sido contratados para amenizar la fiesta, que en honor de la familia Merville, se daba aquella noche. Música, flores, perfumes y mujeres deleitaban los sentidos y excitaban a las expansiones de alegría y buen humor, no diríamos al elemento joven, por ser más natural y sabido,

mas aun a los más guapos caballeros de pelo tan blanco como sus similitudadas pecheras de ceremonia.

No se sabe quién invitó a Roger Giverney, pero es lo cierto que se encontraba allí, luciendo su impecable smoking y lanzando miradas donjuanescas a las damas, no del todo equívocas a las intencionadas galanterías del presumido profesional de la seducción.

Múltiples ojos estaban fijos en él y en Yvonne. La murmuración tenía ya pábulos para toda la noche, y si bien los murmuradores fingían escandalizarse, no por eso dejaban de sentir una insana delectación en despojar al buen nombre del matrimonio Merville. ¡Es tan subrosa la tarea de hacer trizas de la reputación de los amigos!

Unos ojos, especialmente, seguían atentos e inquietos a Yvonne y Roger. Eran los de Susanne, que por las incidencias del baile, se veía imposibilitada, a menudo, de ejercer su tutelar vigilancia.

Su primo Justin pretendía a cada momento bailar con ella sin lograrlo; Bobby ponía una cara como para un entierro cada vez que Susanne se lanzaba al torbellino de la danza del brazo de otro feliz mortal; y Gerard se retiraba, contrariado, a un rincón, cuando la encantadora Javan dejaba sus brazos para caer en los de algún otro que tenía el siguiente baile comprometido.

—Susanne!—susurraba Gerard a su oído, mientras la retenía dulcemente, al compás de un cadencioso tango— Estás muy distraída e inquieta. Te pasa algo que no comprendo, que te sea comprender. Roger es un mal hombre. Créeme, Susanne; es un mal hombre.

¿Qué quería decir con esto? ¿Se referiría a su madre? Pero no; Gerard había advertido que ella miraba insistentemente a Roger Giverney y sospechaba, sin duda, que sufría la atracción de su aureola seductora. Casi se alegró del error del joven. Era preciso desviar, a todo trance, la atención de Frehel, manteniéndole en su error. La reputación de su madre bien valía este sacrificio, mayormente cuando acababa de advertir la desaparición de Yvonne y Roger.

—Perdona, Gerard; realmente estoy nerviosa esta noche. Te ruego me dejes salir un momento a cubierta. El aire del mar me hará bien.

Desprendiéndose de sus brazos suavemente y salió. El corredor de paseo estaba desierto. Sólo divisó a pupa un marinero, que fumaba tranquilamente su pipa, sentado sobre un rollo de cuerda.

Al pasar por la escalerilla del puente, se detuvo. Arriba se oía un apagado murmullo de voces; allí estaba, sin duda, el refugio de la desaparecida pareja. Sin titubear subió por la empinada escalera, hallándose de manos a boca con Giverney. Yvonne había desaparecido, pero Susanne estaba segura de que debía estar oculta en alguna de las cabinas de mundo. Preguntar, era inútil; por eso intentó adoptar la lástima más en armonía con el temperamento femenino; la coquetaría.

—Veo que también es amigo de la soledad, señor Giverney. La verdad es que la noche está como para soñar a solas...

Y Susanne se le acercó sonriente, tentadora.

—Realmente, señorita, es admirable y fantástica la contemplación del mar en una noche tan clara y placida como ésta.

—¿Qué cigarrillos más aromáticos fuma usted? Si me atreviera, le pediría uno...

—¿Por qué no ha de atreverse? ¿Qué mayor placer sino ofrecérselo?

Sacó una preciosa petaca de perfumada piel, ofreció un pitillo rubio a la Javan y se lo encendió galantemente, mientras fijaba sus ojos en los de ella con osadía. Susanne no se limitó lo más mínimo.

—¿Bailamos?—insinuó ésta.

—Es muy estrecho el sitio.

—¿Qué importa? No necesita más una pareja bien avenida.

Giverney estaba en la gloria. Ella, con sonrisa adorable, dejóse enlazar el tallo.

—¿Sabe que, contra lo que yo creía, me resulta usted una encantadora muchacha moderna?

—¿Qué horror! ¿Usted me había tomado por una chica fría e inasequible?

Y estalló en una risa cristalina, que hizo acabar de perder la cabeza al don Juan de smoking.

De pronto, la risa de Susanne, que unos oídos despatinados hubieran dicho que sonaba a falso, se quebró como un cristal. En el puente acababa de aparecer Frelat. Su rostro era duro; su mirada de hielo. Había oído todo.

—Amigo Gerard —se apresuró a decirle Susanne—, debes estar buscándome para el "fox" que te he prometido...

—Te agradezco tu excelente memoria —contestó el joven irónicamente—, pero no hace falta. La fiesta va tocando a su fin y me debo a los invitados. Voy a prepararme para despedirlos.

—Yo también voy contigo, Gerard.

El joven bajó de un salto la escalerilla, sin aguardar a Susanne, que le seguía.

Frelat acompañó a su casa a Ivonne y su hija, sin despegar apenas los labios durante el camino y se despidió a la verja de la villa ceremoniosamente.

Susanne estaba desolada. Besó tiernamente a su madre, deseándole buenas noches y entró en su dormitorio. La preciosa muñeca de Gerard y Bobby parecía contemplarla desde su almohadón de seda como extrañada por la desconocida tristeza que se leía en el rostro de la joven. Cogió, ésta, la muñeca y la llenó de besos y lágrimas.

—¿Qué te pasa, nana mía? —exclamó una voz a sus espaldas—. Ven aquí: cuéntale tus penas a tu chacha.

Quien así hablaba era la señora Meunier, la antigua ama de llaves de la casa, que había visto nacer a Susanne y la quería como una madre. Aquella se echó en sus brazos, buscando consuelo en ellos.

—¿Ya no me quiere! —dijo, sollozando.

—¿Quién? ¿Quién ha te quiere a ti, luz de mis ojos?

—¡Mí!

—Pero, ¿quién es él, nana?

—¿Tú no sabes?

—¿Qué he de saber, si no me lo dices? —exclamó ella, sonriendo bondadosamente.

—¿Gerard? —respondió la joven, hecha una amapola, de puro encarnada.

—¿Y... sabes que te quería?

Susanne titubeó. En realidad no estaba segura de su cariño.

Atropelladamente contó a la buena mujer lo sucedido en la fiesta: sus esfuerzos para sustraer a su madre de las seducciones de Giverney; su imprudente conversación con éste; y la frialdad de Gerard al interpretar como coquetería de mujer reticente las paliditas oblas desde la escalerilla.

—Y lo peor es que tu madre va a dar un escándalo, a pesar de tu sacrificio, pues acaba de aceptar la invitación de Giverney para una excursión con ella en auto, habiéndome ya dado orden para que les prepare una cesta de provisiones. Sólo tú puedes evitar esa imprudencia, que tal vez sea irreparable.

Susanne no quiso saber más. Había tomado la resolución de huir a su madre inmediatamente.

—¿Me permites, mamá? —dijo entrando en el dormitorio—. Vengo a darte las buenas noches.

Ivonne ocultó apresuradamente una flor, que estaba besando. Susanne se dio perfectamente cuenta de la acción y no dudó de que procedía de Giverney la flor que besaba su madre.

—¡Si ahora mismo acabas de despedirte! —exclamó la señora Merville con extrañeza.

—¡Ah!, es verdad, mamá, pero... es que deseaba rogarte una cosa.

—Dime.

—Que no vayas a la excursión con Giverney.

—¿Y por qué no he de ir?

—Porque... porque... está ausente papa... y la gente ¿sabes?, la gente se goza en la murmuración.

Ivonne se levantó, sulfurada.

—Tendría que ver que una hija se metiera en los asuntos de su madre y quisiera darle lecciones!

—Eso no, mamá. Yo te quiero mucho y deseo tu bien —la dijo cogiendo su cabeza con mimo y besándola tiernamente—. ¡No vayas!

Ivonne la rechazó, contestándola destempladamente:

—¡Vete a dormir! Me molestan tus tonterías de chiquilla.

Susanne salió con el corazón desgarrado. ¿Cómo evitar ese paso comprometedor de su ciega madre? Estaba dispuesta a todo, pero ¿qué podía hacer? Imposible le fue conciliar el sueño. Era indispensable hallar la manera de provocar violentamente los sentimientos maternales, desviándola así de su culpable inclinación. El plan surgió, por fin, en su atormentada mente. Era un plan ciertamente disparatado: se haría raptar por su primo Justin y eso obraría como un revulsivo, que volvería a la razón a su madre.

Sentóse en su secreter y escribió una carta en la que le comunicaba su resolución de fugarse con un joven que la quería, en vista del poco cariño que en ella encontraba. Puso la carta en sitio bien visible y, sin cambiarse de traje, salió en busca de su primo Justin.

—Vengo a que me raptes—dijole a quemarropa—. Tengo todo preparado; podemos irnos ahora mismo.

Justin puso una cara verdaderamente estúpida.

—¿Que... que... te rapte?

—Sí, hombre; ¿no me has oído?

—Eres loca, primita.

—Quizás tengas razón; soy una loca, pero necesito que me raptes.

Justin, preocupado por la fulminante y extraña proposición, se rascaba la cabeza con movimiento nervioso.

—Voy a serte sincero, Susanne. Me gustan una barbaridad; por tí he estado a punto de andar a putasaxos con Gerard y con Bobby y con Roger y con todos esos mamarrachos que te rondan como moscas a la miel, porque tú eres todo un panal de miel, ¿entiendes? Pero no, querida. La policía es una señora muy quisquillosa y severa en este país fascista; y tu padre, mi queridísimo tío, es hombre de milas pulgas, que no sabe comprender las poderosas razones de orden sentimental, que impulsan a los enamorados a hacer una pequeña excursión al país de las hadas, sin testigos importunos.

—Eres muy poco galante, primito! —le dijo la joven con su acento más insinuante, por más que estaba a punto de estallar. Y inclinando la punta de la barba con sus dedos de seda, suspiró dulcemente: —¡Seríamos tan felices!

—Ten compasión de mí, Susanne! Mira qué estorbo he cogido al salir de la fiesta de Frobel, que Dios conste.

Estornudó varias veces y añadió:

—Como este dure, voy a aguiar los pañuelos de las tiendas y la aspirina de las farmacias.

Un violento portazo fué la señal inequívoca de que la joven se había marchado furiosa, después de haber visto frustrado su intento.

Ya la seguiremos en su precipitada carrera por las calles de San Remo. De momento nos interesa más quedarnos con el fresco de Justin y escuchar el profundo suspiro de satisfacción que exhaló, al verse libre de la seductora sirena.

Justin no dejaba de tener su poquita de sentido común y ese poquito le bastó para que acudiera a su mente una idea: avisar discretamente a su tía, la madre de Susanne, para que calmara los nervios de la joven, excitados por algo que él no acertaba a comprender, por más que se devanaba los sesos. Se preguntaba: ¿qué mosca le habrá picado a su prima, que hasta ahora, nunca se había preocupado de él? Habrá tenido algún disgusto con su ma-

dre? ¡Vayan a saber lo que puede haber dentro de aquella cabecita loca!

Estas reflexiones se las hacía mientras, a grandes zancadas y atropellando a alguno que otro transeúnte, sin hacer caso de sus maldiciones, se encaminaba al domicilio de los Bienville.

La señora acababa de salir de sus habitaciones y estaba en el salón, preparándose para cuando le avisaran la llegada de Giverney. Ilusionada en la excursión que con él iba a realizar y considerando inoportuna la visita de su sobrino, le recibió fríamente.

—¿Es que está hundiéndose el mundo, que vengas a visitarme tan de mañana?

Justin no se molestó por la sequedad de la pregunta, a la que contestó con otra:

—¿Dónde está Susanne?

—En sus habitaciones debe estar. Ya sabes que nos acostamos muy de madrugada.

—¿Está usted segura de que Susanne está en casa?

—Naturalmente! Hoy no piensa ir al baño matinal.

—Hágame el favor, tía. Ordene a la señora Menner que vea si está.

—Eres bien pesado! Voy a complacerte.

Tocó el timbre, dió el recado a la gobernanta y esperó, nerviosa, porque estaba viendo que el reloj iba a marcar la hora convenida con Giverney. Apareció, al cabo de poco, el ama de llaves:

—La señorita debe haber salido, pues no se encuentra en ningún sitio de la casa.

—¿Qué dice usted?

—Que no está, señora; pero en su dormitorio, encima del escritorio, había esta carta dirigida a la señora—. Y le alargó la que Susanne había escrito.

Ivonne parió el color. Dejó caer desfallecida en una butaca para leer la carta que ya conocemos.

—Toma, Justin! lee esto. Es horrible, ¡Dios mío! ¡Es horrible!—exclamó sollozando convulsivamente.

Justin leyó. Su entendimiento, ya de sí no muy lúcido, no supo comprender que aquellas líneas habían sido escritas antes de que Susanne le visitara y que por consiguiente, el rapto de que hablaba en ellas, era precisamente el que proyectaba con el propio Justin. Creyó, por el contrario, que habían sido escritas por la jeren después que hubo salido de su casa y desechada por su negativa, lo cual la había decidido a ejecutar el proyecto con cualquiera de sus pretendientes: Gerard, por ejemplo.

—¡Vaya con la palomita inocente! ¡Cómo me ha tomado el pelo!

—¿Tú sabías algo, Justin!—exclamó la angustiada madre.

—Yo lo que sé es que voy a denunciar a la policía este escandaloso rapto.

Ivonne despojóse rápidamente del velo y chaqueta de viaje, descalzóse los guantes y puso un radiograma a su marido.

—Asunto importantísimo. Precisa vengas avión.—Ivonne.

Acababa de mandar cursar este despacho, cuando en la puerta del salón apareció la elegante figura de Roger Giverney, sonriente, satisfecho, con su traje sport del mejor corte.

—A tus órdenes, querida Ivonne; el coche espera ante la verja... Pero, ¿qué tienes? Estás palidísima, hermosa...

—Ya no salimos, Roger.

—Bueno... saldremos mañana, si te encuentras indispuesta hoy... ¡Un poco de jaqueca, verdad? Esto pasará pronto. Esos nervios, amiga mía, esos nervios...

—Deja mis nervios tranquilos y déjame a mí tranquila también, hoy y siempre—dijo en tono desahogado—. Los motivos no tengo para qué explicarlos: déjame.

Giverney estaba como quien ve visiones. Comprendía que aquella mujer que iba a caer en sus redes se le escurría definitiva e inopinadamente. Estuvo unos instantes indeciso entre abandonar la partida o intentar un último

esfuerzo de seducción, pero la actitud de Ivonne se admitía lugar a dudas.

—¡Te he dicho que me dejes!—gritó iracunda, en vista de que Roger se mantenía ante ella con su peculiar sonrisa de conquistador, bastante forzada, por cierto, en aquel instante.

Giverney dió media vuelta y salió con la dignidad de un caballero ofendido.

Mientras en casa de los Merville se desarrollaba esta escena, Justin se dirigía en auto a toda velocidad a la Jefatura de Policía, donde entró como un huracán. El Jefe, que leía con fruición el último discurso del Dué, alzó la vista indignado ante tan brusca manera de presentarse el desconocido visitante.

—¿Qué desea?—preguntó secamente.

—Mi prima acaba de ser raptada.

—Bueno; ¿y quién es su prima?

—Mi prima es Susanne, señor Jefe.

—Hasta ahora algo sin enterarme—repuso el Jefe con sorna—. En San Remo habrá, probablemente, algunas docenas de Susannes, ¿no le parece?

—Es posible que tenga usted razón, pero no hay más que una que sea prima mía. Tengo otras, pero no se llaman Susanne.

—Mire usted, joven; la policía no tiene tiempo para perder. Concreto... o váyase a paseo—dijo el Jefe, ya completamente amoscado.

—No se enfade, señor. Creo que ese maldito catarro que he cogido anoche me ha vuelto algo estúpido. Ya se habrá dado usted cuenta, ¿verdad?

Y empezó a estornudar estrepitosamente.

—¡Terminemos de una vez! Puntualice el asunto del rapto o váyase a la cama, si lo necesita. Vamos a ver, ¿quién es esa Susanne?

—Pues Susanne Merville, la hija de Georges Merville, el gran financiero. ¿No lo había adivinado usted?

—Yo no soy adivino, caballero. Siga usted y termine pronto.

Conseguidos, después de no poco trabajo, los datos necesarios para iniciar las pesquisas, el Jefe de Policía cogió el teléfono.

—¡Pronto! ¡Pronto! ¡Con el poste de la Dirección!

Y empezó a dar órdenes para ser radiadas. A poco, todos los puestos, todos los automóviles policíacos y todas las antenas de buques recibían la noticia de la desaparición de Susanne Merville, raptada por un galán desconocido aquella misma mañana.

—¡Formidable, querido Jefe, formidable! ¡Será un escándalo mayúsculo!—decía Justin, despidiéndose.

Al salir Susanne de casa de su primo Justin, estaba indecisa respecto del partido que debería tomar. Si Gerard quisiera, pensaba. ¿Y por qué no intentarlo? El nuevo proyecto era más atrevido que el anterior, pero ¿cómo contener a una mujer voluntariosa, teban y además bonita?

Tomó un taxi y se hizo conducir al puerto. Varios marineros del yacht explorador estaban en el muelle matando el tiempo, y entre ellos estaba Max, el asistente de Frelhel, a quien llamó Susanne discretamente.

—Oye, Max, mi buen amigo Max; necesito un gran favor de ti.

—La señorita ya sabe que puede mandarme.

—¿Está en el barco el señor Frelhel?

—No, señorita.

—¿Ni el señor Biscot?

—Tampoco.

—¿Ni el capitán?

—Acaba de salir de extensión por la costa. Todavía se divisa su cañon.

—Perfectamente. Entonces podrás ocultarme en el buque hasta que salga para la exploración que tiene Frelhel en proyecto. ¿Has comprendido?

Susanne no pudo contener una carejada al ver la cara que puso Max ante semejante y tan absurda proposición.

—No pongas esa cara, amigo. Por dos o tres días te será fácil. Te prometo estar quietecita en donde me ocultes, sin comprometerte para nada.

—Pero es que zarpamos esta misma noche. Así lo ha ordenado el señor Frehel.

Hasta vez la cara de sorpresa la puso Susanne. La causa de esta marcha repentina, imprevista, no podía ser más que ella misma. Y una alegría torrencial inundó todo su ser. Gerard la quería; estaba segura de que la quería, de otro modo no se hubiera tan profundamente afectado lo que él creía su flirt con Roger. Huba porque se consideraba postergado; lo veía bien claro y por eso estaba decidida más que nunca a ocultarse en su buque.

—Max, mi buen Max; ¿verdad que vas a prestarme este servicio que te pido?

—Hum! Esto puede costarme cara.

—No temas, que yo te defenderé. Además, puedes decir que yo me he metido sin tú saberlo.

Como era de esperar, Max acabó por caer en la tentación y la joven quedó instalada en el yacht sin que nadie pudiera sospechar su presencia en él.

Cuando la noche cuando el buque levó anclas, Gerard y Bobby estaban malhumorados. Metidos en la cámara de estudio, cada uno en su mesa, de codos sobre ella y sosteniéndose la cabeza con las manos — signos evidentes de preocupación, por más que pretendieran disimularla, fingiendo estar engolfados en el examen de unos mapas marítimos — se pasaron más de una hora sin hablarse. En la cámara no se oía más ruido que el del motor del barco y de las olas que batían sus costados al ser cortadas por la proa. De pronto se oyó la voz de Gerard:

—Bobby...

—Dime.

—¿Qué piensas de Susanne?

—Que es una coqueta.

—Y falso.

—¡Mira que enamorarse de Roger!

—Es el colmo.

—Tú la quieres, Bobby.

—Y tú la adoras, Gerard.

—Es una chiquilla maliciosa.

—Una mocosa.

—No la traspases, Bobby.

—Hombré: creto que esto te daba gusto.

—¡No! ¡Callate!

—Buena; me callé.

Los dos volvieron a sus meditaciones y a su silencio.

Al cabo de un rato Gerard volvió a romper la mudex.

—¿No te parece, Bobby, que deberíamos pedir el café?

—Pídemoslo.

—Max! ¡Max! —gritó fuertemente—. ¡El café!

En la antecámara aconteció otra escena no menos divertida. Susanne, a pesar de su formal promesa, no pudo aguantar más su voluntario encierro. Consideraba intolerable no tener más que un metro cuadrado de espacio para moverse. Estaba ya decidida a salir, cuando oyó la voz de Gerard pidiendo el café y entonces sí que no pudo contenerse. Se le ocurrió una travesura.

Abrió cautelosa la puerta de la estrecha cabina y esperó a que Max pasara con el servicio.

—¡Guarda, Max; voy yo misma a servir el café —y diciéndolo esto le arrebató la bandeja.

—¡Por Dios, señorita! ¿Que voy a tener un disgusto!

—Tranquilízate; ya me encargo de que no te pase nada.

Cuando entró en la cámara, Gerard y Bobby estaban vueltos de espaldas a la puerta y ambos seguían con las cabezas apoyadas en sus manos y los codos apuntalados en sus mesas; por eso no se dieron cuenta de la presencia de la traviesa joven.

Gerard, sin levantar la cabeza, como si siguiera el hilo de un pensamiento tardo, que se obstinaba en atormentarla, murmuraba:

—Es increíble lo que ha hecho conmigo esta chiquilla!... Oye, Bobby; ¿no te parece que es increíble?

—¿Qué?

—Que es increíble, te digo.

—Ah, sí; es increíble!

—Si no sabes de qué te hablo...

—Es verdad; no sé de qué me hablas.

—Pues decía que Susanne nos ha pegado un lindo chasco.

—A ti; pues, lo que es a mí, ¿qué más quisiera yo?

—Esa se acabó; no vulo la pena de pensar en esta mujer sin corazón...

Susanne, con sonrisa burlona, iba sirviendo el café a los dos jóvenes, que con los ojos fijos en la mesa, ni se daban cuenta de que no era precisamente el de Max el brazo desnudo y torcido que verifica el líquido humeante en las tazas.

—¿Qué estás haciendo, Max? Cada día te vuelves más torpe—refunfuñó Gerard—. ¡Cuidado! ¡Estás derramando la leche sobre el cuadro estadístico de temperaturas submarinas!

—Corpo di Bacco!

Esta exclamación característica de Frehel en el momento de las grandes estupefacciones, hizo volver la cabeza a Bobby. Ambas se quedaron como aludados a la vista de Susanne Merrill, que rota de buena gana su graciosa treca.

—Susanne!—exclamaron ambos a coro.

—La misma, caballeros.

—¿Y a qué has venido aquí?—interrogó Frehel fríamente.

—Ya lo ves: a servirlos, no tan bien como Max, pero se hará lo que se pueda.

Esa es una lección; una intolerable lección, que puede comprometerte y comprometerme.

—Esa es simplemente una agradable excursión que trata de efectuar con unos buenos amigos, para comprobar por mí misma el aparato de profundidad, inventado por un célebre explorador.

—Es demasiado pesada esta broma.

—Pero, si no es broma, amigo Frehel. Es muy en serio que me ha metido en esta cáscara de nuez, que vibra como una jaca juguetera.

Frehel empezaba a ablandarse, encantado por el aplomo de la joven.

—Bueno; ¿y dónde te metemos ahora? ¿Cómo vas a estar aquí con este traje de noche?

Bobby se apresuró a responder por ella:

—Voy a prestarte ropa a la señorita; creo que en mi cofre hay algo que va a servirte.

—Y yo, señor Frehel, tengo un camarote en el que—un poco adecentado—podrá instalarse la señorita Susanne—agregó Max, desde la puerta, de donde no se había movido en espera del desenlace de la curiosa escena, que había temido degenerar en tempestad.

Bobby apareció enarbolando triunfalmente un jersey azul marino, una boina del mismo color y unos calzones blancos.

—¡Bravo, Bobby! Es usted un hombre de recursos—exclamó Susanne alborozada—. A ver, Max; muéstrame mi "camerino".

No tardó la joven en vestirse las improvisadas prendas, las que, por cierto, le sentaban a las mil maravillas. Con los calzones blancos—de un blanco no muy puro—, el jersey azul y la boina, por debajo de la cual se escapaban los sedosos rizos de su cabellera rubia, estaba monísima, adorable.

Los tres hombres saludaron su aparición con una exclamación admirativa.

—¿Qué tal?—preguntó Susanne, dando una vuelta sobre sí misma, a estilo de modelo de gran modista.

—¡Estupenda!—contestó Gerard en tono algo burlón.

—¡Despampanante!—añadió Bobby entusiasmado.

—¡Guapísima!—comentó Max, lleno de admiración.

—Gracias, señores: estoy emocionada de sus elogios y por eso decido ir a dormir con ellos en mi litera. Y agregó: —¡Max! Tenga usted la bondad de conducirme a mi cámara.

Max obedeció. Gerard y Bobby se metieron también en sus respectivas cabinas.

Pero el estrecho pasillo de los camarotes no quedó por mucho tiempo desierto. Las puertas se entreabrieron sin ruido. Bobby, asomó la cabeza para asegurarse de que no había nadie en el corredor y se acercó con paso muy quedo al departamento de Susanne, ante el cual se paró, exhalando un profundo suspiro. Gerard también se había acercado en silencio, espionando los movimientos de su amigo.

—¿Te pasa algo, Bobby?

—¿Y a ti, Gerard?

—Padezco algo de insomnio.

—Yo también.

—Un paseo es muy indicado para estos casos.

—Efectivamente, es muy indicado.

Por la puerta de la cabina de Susanne, asomó su cabecita rubia.

—Tengo mucho sueño, amigos míos. ¿No podríais filosofar en vuestras camarotes?

—Tienes razón—dijo Fréhel. Y llamó a grandes voces:

—¡Max! Max del demonio: ven!

—A sus órdenes.

—Monta esta noche la guardia en este pasillo. Que nadie moleste el sueño de la señorita.

—Buenas noches—dijo Susanne, cerrando su puerta.

—Buenas noches—contestaron los dos jóvenes.





No tardó la joven en vestirse las improvisadas prendas.

Max era esclavo de la ordenanza. Por más que se caía de sueño, empezó a recorrer el pasillo de un extremo a otro, con paso marcial. Sus grandes botas pisaban horriblemente. Pero cuando más entusiasmado estaba con su paseo militar, se abrió la puerta de Susanne.

—Por favor, Max, no pises tan fuerte, de lo contrario las frágiles tablas de este barco van a resentirse de un modo alarmante.

—Señorita... la consigna...

—Déjate de consignas y vete a la cama.

Otras dos puertas se abrieron, apareciendo de nuevo Gerard y Bobby.

—¿Qué pasa?

—Que se vaya a dormir Max, o que se quite las botas—dijo Susanne.

—Max; quítate los zapatos—ordenó Gerard.

—Buenas noches...

—Buenas noches...

Transcurrió la noche sin más incidentes. Cuando Gerard Prebel subió a cubierta, ya estaba Susanne embalsada en la contemplación del mar infinito, que el sol naciente ensandía al nacer en el horizonte.

—¡Qué hermosa es esto!—profirió la joven—. Comprendo, Gerard, que te encante esta vida azarosa, siendo compensada con esa belleza indigable del mar inquieto en lamas.

—Belleza terrible y trágica, a veces—objetó el joven.

—¿Quién piensa en tragedias, ahora?

—Tienes razón; ¿quién piensa en los dramas del mar, cuando hay otros del espíritu tanto o más terribles?—dijo Gerard sombríamente.

—Pero los del espíritu, no siempre son dramas reales—repuso Susanne con intención—. Es la imaginación, las más de las veces, la que los crea, y se desvanecen igual que las brumas del mar.

—¿Crees tú...?

—Yo sé de alguno que es para niebla; con un ligero viento se desvanecería.

Callaron ambos. Ella espiaba disimuladamente el efecto de sus palabras en el rostro del joven, que permanecía cerrado, sin dejar traslucir las emociones de su alma. Susanne rompió de nuevo el silencio:

—¿Cuándo será la primera exploración?

—A primera hora de esta tarde.

—¿Conmigo?

—Imposible. No puedo exponerte a los riesgos de ella. Además, el capitán tiene asimismo su responsabilidad, porque están bajo su salvaguardia las personas que navegan en el buque; por eso tendría que conseguirse su consentimiento. Por cierto que he tenido que participarte tu aventura y no le ha sentido muy bien... Mira; ahí viene.

—Buenos días, capitán—dijo la joven alegremente, mientras le alargaba la mano—. Se ha encontrado con una pasajera insospechada, ¿verdad?

—En efecto, señorita; ha sido una sorpresa agradable... en parte, pues también tiene su aspecto desagradable.

—Espero, capitán, que, por el contrario, esta excursión va a resultar agradable en todos sus aspectos. Precisamente ahora el amigo Frehel me estaba invitando para la exploración submarina de esta tarde y sólo me falta la aquiescencia de usted.

—¿Cómo! ¿Usted está conforme, señor Frehel?—dijo el capitán sorprendido.

La joven, con gran aplomo y osadía, y entrando fíjamente a Gerard, afirmó:

—¿Ya lo creo! ¿Por qué no había de estarlo?

—Entonces, por mi parte no hay inconveniente, pues ya sabe el señor Frehel que tengo siempre mucho gusto en complacerle y tratándose de usted, señorita, me es un gran placer.

Gerard no se atrevió a hacer oposición alguna, por más que daba muestras de evidente contrariedad.

Por la tarde toda la marinería estaba sobre cubierta y dispuesto el personal que debía maniobrar la esfera metálica para hacerla descender a los profundos abismos del mar, una vez enluciendo el pasaje que debía tripularla, si es que puede llamarse así el enajenamiento de dos seres humanos en el reducido espacio de un tonel, obligados a tener las cabezas apachadas y las piernas encogidas.

Al abrirse la gruesa tapa remachada que había de aislarla del mundo, la señorita Merville tuvo un momento de pánico; su rostro palideció intensamente y dió un paso atrás. Mas pronto se sobrepuso al temor y entró a gachas por el agujero, que sólo daba paso al cuerpo de una persona. Tras de ella entró Frehel en el aparato y la tapa fué cerrada herméticamente por el exterior.

Por medio del receptor telefónico que había de mantener la comunicación con la superficie, comenzó Gerard a transmitir órdenes. Bobby era el encargado de recibirlas, atento a las menores indicaciones.

—¡Alló! ¡Bobby! ¡Preparados!

La esfera se puso en movimiento y pronto advirtieron los dos jóvenes que se hundía lentamente en el agua. Susanne daba pequeños gritos de entusiasmo al ver pasar los peces por delante del disco transparente de cuarzo, que permitía observar sus movimientos y extrañas evoluciones en el líquido elemento.

—¡Va bien, Bobby!... ¡Adelante!... Cien metros... Doscientos... Trescientos... ¡Alló!...

Gerard empezó a tomar notas en su carnet, mientras Susanne, con la cara pegada en el cristal, gozaba en la visión de una vida para ella desconocida. Sonó una llamada telefónica.

—¿Qué dice, Bobby?... ¿Que buscan a Susanne?... Sí... sí... la policía... por radio... Entiendo... entiendo perfectamente... que ha sido raptada... Eso es estúpido!...

Dejó el receptor, mirando irritadísimo a Susanne, que entre curiosa y sobresaltada, trataba de comprender las palabras incoherentes del diálogo, percibido sólo a medias.

—Ha aquí el resultado de mis ligerezas: un gran escándalo. Y lo peor es que me veo mezclado en él.

—Pero, ¿puedes explicarme lo que pasa?

—¡Poca cosa! Que el radiotelegrafista del yuete acaba de captar un despacho circular de la policía en el que se requiere la busca y captura de la joven Susanne Merville, raptada ayer. ¿Quieres algo más grave?

—Oyeme, Gerard: no te pongas así; mírame—lo dijo poniendo con suavidad una mano en uno de sus brazos, para obligarle a mirarla—. Yo no soy una mujer ligera ni una muchacha moderna y frívola, como tú crees. He cometido tal vez algún error, alguna acción que puede parecer reprochable, pero tú no sabes que la causa es la adoración que siento por mi madre. Escucha: mi madre es buena y quiere a mi padre, estoy segura, pero es joven, está sedienta de cariño y mi padre, abstraído en los negocios, no se da cuenta de las consecuencias que pueden producir el abandono y el desprecio. Apasionada como es, siente la falta del calor del hogar, añora el niño y el halago y por eso las palabras de un seductor han hallado eco en su alma. Para salvarla de este peligro, para guardar su reputación estaba dispuesta al sacrificio de la mía propia. A esto, y no otra cosa, se debe mi aventura. Para arrancarle a mi madre la noche del baile, fui coqueta con Giverney y para evitar que fuera con él a una excursión imprudente, desoyendo mis súplicas, imaginé ese rapto de que habla la radio. Ahí tienes explicadas todas mis ligerezas.

Gerard se resistía a darme por vencido. En su corazón absolvía a Susanne del pecado de liviandad, pero no estaba del todo seguro de los sentimientos de la joven con respecto a él. Intentó sondear un poco más en aquella alma que se presentaba bajo un aspecto insospechado.

—Mas ahora te has comprometido irremediablemente y el mundo no va a creer nunca que no haya complicidad mía en este rapto por fingido que sea.

Susanne quiso leer en los ojos del joven la intención de sus palabras.

—¿Y te pasa, esta opinión de las gentes?

—Me pasa porque crees entre tú y yo una situación falsa, insostenible. Un rapto por amor y por tanto consentimiento, tiene su solución natural. Mas ahora...

—Ahora también la tiene—dijo cecadamente Susanne.

—¿Crees tú...?

—Sí, lo creo porque yo la deseo y tú no vas a rechazarla. Yo sé que me quieres a pesar de tu frialdad, a pesar de tu desvío. Por quererme seguías mis pasos en el baile, por quererme te sentiste herido por mis fingidas coquetuerías con Giverney y por quererme has intentado huir de mí, embarcándote repentinamente, antes de la fecha prevista para tu partida. No apartes tus ojos de mí y árrévate a negarme ahora que me quieres...

Le había cogido fuertemente de los brazos y le clavaba, avasalladora, provocativa, sus grandes ojos azules, que parecían reflejar todo el color y todas las inquietudes de las aguas dentro de las que estaban sumergidos. Gerard no podía resistir más aquellas pupilas fascinadoras, que le envolvían en un fúido empuje.

—¿Cuánto me has hecho sufrir!—exclamó—. Amaba ya antes aquella cabecita infantil que me trastornaba con sus inocentes miras y he amado, después, a la mujer sana, alegre e inteligente que se me apareció al saltar del barco. Cuando me pareció que no eras la mujer soñada, sino una joven a la moderna, frívola y vacía, mi sorpresa fué cruel, dolorosa. Y a pesar de que te amaba, intenté alejarme para siempre de tu lado, convencido de que no podía quererte una mujer insubstancial, sin corazón...

Y añadió suplicante:

—¿Es de verdad que me quieres, Susanne?

Una sonrisa inefable, como nunca la conociera en rostro de mujer y unos labios que se juntaban a los suyos, fueron la respuesta muda a esa pregunta eterna de los enamorados.

El timbre del teléfono había sonado varias veces con enfadoso tintineo y ahora volvía a llamar con mayor in-

sistencia. Gerard, bastante de sícha, se dispuso, por esta vez, a atender a la llamada.

—¿Qué hay, Bobby?

—¿Y te atreves a hacermos esta pregunta cuando has dejado el aparato telefónico sin desconectar y, en lugar de notas de observaciones, me estás dando un curso de zalamerías amorosas? Por lo menos podías haber sido más discreto en ese chasquido final que cualquiera diría que había sido un beso... ¿No hay derecho a hacer uso en mis propias barbas?

—Déjate de comentarios, manda lavar la esfera y prepara la boda, que tengo prisa.

—¿Carumba! Esto es más serio de lo que yo creía. Voy en seguida.

No tardó la esfera en emprender su ascensión, quizás con demasiada rapidez en el concepto de los enamorados, que hubieran deseado que el embeleso de aquellos instantes se prolongara toda una eternidad.

En la cubierta del yacit estaba formada toda la tripulación, como para una recepción de gran gala. El capitán y Bobby —éste bastante curiscentecido, por cierto— esperaban la extracción de la esfera para recibir debida mente a los que ya consideraban novios. Tan pronto se abrió la tapa del artefacto y salió por ella la feliz pareja —a guisa, porque no era posible de otra manera— se adelantó el capitán, como representación de la máxima autoridad en el buque, y adelantóse ceremoniosamente a dar el brazo a Susanne, que bien lo necesitaba, por cierto, pues tenía las piernas entumecidas completamente. Bobby se puso al lado de Gerard, dispuesto a consumar su sacrificio apadrinándolo y en medio de la mayor algazara se procedió seguidamente a la ceremonia del casamiento, según los ritos del mar.

La tripulación fué revistada por la encantadora novia del brazo del capitán que la entregó al afortunado esposo en medio de los ¡hurra! estentóreos y de las felicitaciones de todos.

En su villa de San Remo, Ivonne Merville esperaba impaciente la llegada de su esposo, no dudando de que su llamada apremiante le había hecho poner inmediatamente en camino.

Acababan de traerle un radiograma y no tenía la menor duda de que era el anuncio de la salida de Georges Merville en dirección a su casa. Pero cuál no sería su sorpresa cuando, al abrir el pliego, leyó:

"Susanne Merville, hallada. Sale Génova con esposo para San Remo. Abrazos.—Gerard Frehel."

Aun siendo bastante sorprendente el despacho, no por eso dejó de producirle intensa emoción y alegría, la que fué aumentada por la llegada de su marido que en aquel momento aparecía en el salón.

Después de abrazarse afectuosamente, como si la más cuámpiera armonía hubiera reinado entre ellos, Georges preguntó:

—¿Qué hay, querida mía?

—Lee —le dijo, dándole el radiograma—. ¿Qué piensas tú de esto?

Merville sonrió. Tenía ya noticia directa y detallada de todo. Pero la policía conocía el supuesto rapto de su hija Susanne y por un extenso despacho de Frehel estaba enterado de la extraordinaria aventura de Susanne y de su inesperado desenlace en el barco explorador.

Después del relato, pasó Georges el brazo por el tallo de su joven esposa y la apretó tiernamente contra su corazón.

—¿Sabes lo que pensaba, querida Ivonne? Que los negocios son bastante aburridos y sobre todo tienen el defecto de alejarme demasiado del hogar; apenas me queda tiempo para dedicarlo a ti. Ahora que podemos estar libres de la preocupación de nuestra hija, podríamos, en cuanto llegue con su marido, salir los dos en auto para un largo viaje, que podría ser nuestra segunda luna de miel.

Ivonne no contestó. ¿Para qué? Su cabeza, dulcemente inclinada sobre la espalda de Georges, decía más, mucho más que cualquiera palabra de reconciliación.

La señora Meunier no tuvo que preparar para el viaje la cesta de provisiones que Georges Merville acababa de encargarle. Podía perfectamente servir la que antes le hubiera preparado la señora para su excursión con Roger.

FIN

Editadas

- * Núm. 1. *Sublime obsesión*, por Robert Taylor e Irene Dunne.
- * — 2. *El desfiladero perdido*, por Buck Jones.
- * — 3. *El gran impostor*, por Edmund Love.
- * — 4. *La vida de la Roheme*, por Martha Eggert y Jan Kiepura.
- * — 5. *La bandera amarilla*, por Hans Albers.
- * — 6. *Cuando volvamos a amarnos*, por Margaret Sullivan.
- 7. *El tigre de Esnapur*, por La Jana.
- 8. *La tumba india*, por La Jana.
- 9. *Muñecas infernales*, por Lionel Barrymore.
- 10. *El cantante de Viena*, por Jan Kiepura.
- 11. *Inventuras rivales*, por Charles Farrell y June Martel.
- 12. *La marca de Cain*, por Noah Beery (hijo) y Jean Rogers.
- 13. *Una chica de provincias*, por Janet Gaynor y Robert Taylor.
- 14. *Siete bofetadas*, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.
- 15. *El Capitán Costali*, por Olga Tschecchowa y Karl Diehl.
- 16. *Morir con honor*, por Buck Jones, Edward Keene y Fred Kohler.
- 17. *Baile en el Metropol*, por Heinrich George y Viktoria von Ballasko.
- 18. *El poder invisible*, por Boris Karloff y Bela Lugosi.

* Agotadas

En preparación

Exterminio, por Buck Jones.

Rosas Negras, por Lilian Harvey y Willy Fritsch.

La Excéntrica, por May Robson.

PUBLICACIONES CINEMA

Domicilio provisional:
PASEO SAN JUAN, 21
BARCELONA



N.º 19